CAPÍTULO VI.

María, bien diferente de Agar, que no quiere ver morir á su hijo, debe ser espectadora de la muerte de Jesucristo. Su viaje al Calvario y su encuentro doloroso con su Hijo. Su actitud, muy diferente de la de Jacob cuando ve la túnica ensangrentada de José. Prodigio de la fortaleza de María.

Si se hubiera tratado de una madre como las demas, la caridad que condujo á las santas mujeres al Calvario debiera haber alejado de él á María. Lo que para los discípulos fué un acto de generosidad, podia parecer un rasgo de dureza en María. No es conforme á las reglas ordinarias de la sociedad que una madre sea espectadora del suplicio de un hijo á quien no puede dar ningun socorro, y esto por temor de que la vista de una madre, sumergida en una afliccion profunda, aumente los tormentos del hijo, ó la vista de los dolores acerbos del hijo atormenten las miradas y el corazon de la madre.

Por esta razon, Agar, sierva de Abrahan, habiéndole faltado el agua al atravesar el desierto de Bersabé, y viendo á su hijo Ismael reducido á la agonía por el ardor de la sed, se dice entónces á sí misma: «Si yo no puedo darle ningun socorro, ¿para qué lo he de tener en mis brazos? Si él debe morir infaliblemente, ¿qué necesidad hay de que mis ojos maternales se atormenten con el espectáculo doloroso de su suerte

cruel? ¡Ah! Yo no tengo corazon para ver morir á mi hijo» (1). Y diciendo esto, coloca al hijo al pié de un árbol, lo deja allí moribundo, y se retira á la distancia de un tiro de saeta (2). Sentándose allí sobre una piedra y abandonándose al más amargo dolor, hace resonar los aires en contorno con sus profundos gemidos y sus gritos de dolor (3).

Tal fué la conducta de la madre de un simple hombre; pero la Madre de un Hombre que al mismo tiempo era Dios, no debia obrar así. Como Madre de Dios, tiene María obligaciones de que están dispensadas las demas mujeres, y lo que en otra madre no hubiera parecido conveniente, era un deber para María. Ella ha recibido su Hijo de una manera particular, y por consiguiente, debe perderle tambien de un modo especial. Jesucristo no muere por necesidad como los demas hombres, y por consiguiente, María debia conducirse en esta muerte de diferente manera que las demas madres. En el Calvario todo debe ser grande, extraordinario, misterioso, sublime y digno de la Víctima que se sacrifica. Por esta razon debia María hallarse presente á la muerte de Jesucristo, á fin de que pudiese reconocerse la divinidad del Hijo en la conducta heróica, extraordinaria y maravillosa de María asistiendo á su

(1) Cumque consummata esset aqua... dixit. Non videbo morientem puerum. (*Genes.*, XXI, 15, 16.)

(2) Abjecit puerum subter unam arborum, et abiit procul quantum potest arcus jacere. (*Genes.*, XXI, 15, 16.)

(3) Et sedens contra, levabit vocem suam, et flevit. (*Genes.*, XXI, 16.)

muerte. Apénas el único discípulo que en todo el discurso de la pasion de su divino Maestro no la ha perdido de vista, apénas San Juan hace saber á María que el juez inícuo que habia declarado solemnemente la inocencia de Jesus acaba de condenarle á muerte, y que ya su amado Hijo, cargado con el peso de su cruz, camina hácia el Calvario, cuando Ella exclama: «¡Ya llegó el tiempo, ya llegó el dia, ya llegó la hora de los divinos misterios! Padre eterno, que muera mi Hijo único, supuesto que vuestra gloria lo exige, que vuestra justicia lo quiere y la salvacion de los hombres lo pide; pero que muera á mi vista, que Yo le vea terminar esa vida que Yo misma le dí» (1).

Cuando Jesucristo llenaba la Palestina de los beneficios de su amor y de la fama de sus milagros; cuando los pueblos corrian en pos de El, proclamándole el enviado del cielo para consuelo de la tierra; cuando Jesus entró triunfante en Jerusalen en medio de las aclamaciones y de los gritos de alegría de una turba entusiasmada, no se hallaba María á su lado; Ella se alejaba y se ocultaba á sus miradas, temiendo que algun rayo de la gloria del Hijo viniese á reflejar sobre su Madre. Pero cuando este mismo Hijo va á terminar su vida en un patíbulo con la muerte más ignominiosa y más cruel; cuando es necesario participar de sus penas y de sus tormentos, se deja ver María. Ella renuncia voluntariamente á la gloria y á la inocente sa-

(1) Videbo morientem puerum.

tisfaccion de ser tenida por la Madre afortunada de un Profeta; mas no puede renunciar á la ignominia y al dolor de ser tenida por la Madre de un miserable condenado á muerte; y la prontitud con que corre á presenciar y á participar del suplicio de su Hijo es igual á las precauciones que toma para permanecer desconocida cuando se trata de su triunfo (1).

Ved aquí, pues, que abandona su soledad como la Esposa de los *Cantares*, verdadera figura de María, y recorre las calles y las plazas de Jerusalen, impaciente por encontrar el amor de su corazon, que camina al suplicio (2). La ciudad está casi abandonada y desierta. Todo el pueblo corre en masa y se precipita hácia el lugar de los ajusticiados, llenando los aires de los gritos de gozo feroz. María oye desde léjos este sombrío rumor y este ruido siniestro; este ruido la guia, pero lo que la guia todavía mejor y le señala el camino que debe seguir, es el rastro terrible que deja su Hijo en su penoso camino, marcando la tierra que pisa con sus caidas y con su sangre.

Poco se necesita para que oiga el eco terrible de la trompeta que le precede y publica el pretendido delito y la atroz sentencia, y muy poco despues sale El mismo á su encuentro. Pero ¡ay! la profecía de Isaías se ha cumplido; ni aun siquiera le queda ya figura humana (3). Su frente, rodeada de una corona ignominiosa

(1) Videbo morientem puerum.
(2) Circuibo civitatem. (*Cant.*, III., 2.)
(3) Vidimus eum, et non erat aspectus. (*Is.*, I, III, 2.)

y cruel de agudas espinas que, atravesando las sienes, dejaban ver sus puntas ensangrentadas; sus ojos, bañados en las lágrimas que ha derramado por el deicidio de Jerusalen, están tambien inundados de sangre; su rostro está lívido y desfigurado, su pecho está acribillado de heridas, y todo su cuerpo sajado por los azotes. Lánguido, desfallecido y jadeando bajo el peso de su cruz, camina lentamente entre los insultos del pueblo. Empujado cruelmente por sus verdugos, va subiendo con trabajo la pendiente rápida del Calvario. ¡Oh encuentro! ¡Oh vista! ¡Oh espectáculo desgarrador para el corazon de una Madre!

La Escritura dice que Jacob, al ver la túnica ensangrentada de su hijo José, lanzó gritos de dolor, desgarró sus vestiduras, derramó un torrente de lágrimas, cayó en una tristeza profunda y no quiso recibir consuelo alguno (1). ¿Qué hará, pues, María al ver, no los vestidos, sino el cuerpo mismo de su Hijo, sajado de heridas y cubierto de sangre?

Un escritor, que ha hecho una descripcion minuciosa de todos los lugares que fueron el teatro de la pasion dolorosa del Hombre-Dios, asegura que se ven todavía en el Calvario las ruinas de una iglesia, llamada en otro tiempo *Santa María del Pasmo*, y una senda que se llama todavía hoy *el camino de la Amar-*

(1) Quan cum agnovisset pater, dixit: Tunica filii mei est, fera pessima devoravit Joseph; scissisque vestibus... lugens filium suum multo tempore... noluit consolationem accipere. (*Genes.*, XXXVII, 33, 34, 35.)

gura, porque, segun se dice, allí fué donde encontrando María á su Hijo en un estado tan lastimoso y en una situacion tan cruel, cayó desvanecida, no pudiendo resistir la violencia de su dolor. Mas sin admitir la tal caida, que muchos graves escritores desechan como indigna de la Madre de Dios, de María, que toda debia ser constancia, fortaleza y grandeza de alma, es indudable que á esta vista su sangre se heló en sus venas, que todas sus entrañas se conmovieron de pena, que su corazon se partió de dolor, y que, por consiguiente, quedó algun tiempo inmóvil y privada de sus sentidos, pero no de su razon.

Jamas se dominó tanto á Sí misma, jamas pareció tan magnánima ni tan sublime como en este instante, en que fué la más abrumada de dolor. Los ojos de la Madre encuentran los del Hijo; ellos se miran mútuamente, sus corazones conmovidos se comunican sus pensamientos con un lenguaje secreto y misterioso. En medio de tantos dolores, la vista de tanta firmeza en una Madre enternece los corazones más duros, como dice San Bernardo. Los espectadores no pueden dejar de mezclar sus lágrimas con las de las hijas de Jerusalen, á las que Jesucristo habia prohibido compadecerse y llorar por El (1). Y cuando, al ver la violencia de sus dolores, todos estaban conmovidos, todos daban gemidos, Ella era la única que no lloraba, la única que padecia con calma y con resignacion. Bien diferente de

(1) Multos etiam invitos ad lacrimas procurabat; omnes plorabant qui obviabant ei. (*S. Bernard.*)

Jacob, no deja ver un movimiento, una señal, una palabra ni una lágrima de dolor; no hace siquiera una reconvencion á la ingrata Sinagoga, que le devuelve su Hijo en un estado tan lamentable y tan diferente de aquel en que María se lo ha entregado. Ella no deja oir una sola queja sobre el odio infernal de sus acusadores, sobre la injusticia de los magistrados, sobre la barbarie de los verdugos ni sobre el ciego furor del pueblo. Ella no intenta siquiera lo que otra madre no hubiera podido dejar de hacer, esto es, precipitarse á traves de la turba y penetrar hasta su Hijo, para estrecharlo contra su corazon y ofrecerle algun consuelo. Por el contrario, reprimiendo la vehemencia de su ternura maternal, herida tan profundamente, dominando su afecto y su dolor, y concentrando en el fondo de su corazon despedazado todas las angustias que la traspasan y toda la tristeza que la abruma, acompaña á Jesus en silencio, como Abrahan acompañó, dice San Ambrosio, á su hijo Isaac hasta el lugar de su sacrificio (1). Ademas, como Ella es la primera de los predestinados, es tambien la primera, añade un santo abad, en recorrer el camino; y practicando el Evangelio ántes de su promulgacion, Ella es la primera que, segun el precepto de Jesucristo, toma su cruz y le sigue al Calvario para ser crucificado (2).

Por consiguiente, si Jesucristo nos manifiesta que

(1) Abraham Isaac, Maria comitabatur Filium. (*S. Ambros.*)

(2) Tollebat et Mater crucem suam et sequebatur eum, crucifigenda cum ipso. (*Guillelm. Abb., in Cant.*, 7.)

no se puede ir al cielo sino por el camino del Calvario y siguiendo las pisadas ensangrentadas del Hijo de Dios, María nos muestra tambien que no se puede llegar á Jesucristo sino siguiendo las pisadas en compañía de su Madre; y que siguiéndola fielmente por el buen olor de sus virtudes, se sale al encuentro de Jesucristo, que en el camino andado por María es donde se encuentra á Jesus. Y en efecto, la turba gloriosa de esas vírgenes heróicas, que, segun la profecía de David, caminarán por las pisadas de María, encontrarán á Jesus, el verdadero Rey de gloria, se presentarán á El, y El las acogerá, y en pos de María, su guia, seguirán al Cordero por todas partes (1). María, por consiguiente, á un tiempo mismo engendra hijos para la Iglesia por el heroismo de su caridad, y los conduce y los guia por la sublimidad de su ejemplo. Ella muestra y prepara el camino á los hijos de su amor y de su dolor, á quienes ha procurado la vida.

(1) Adducentur Regi virgines post eam; proximæ ejus afferentur tibi. (*Psal.*, XLIV, 15.)